

HELENA ATTLEE

EL PAÍS DONDE FLORECE
EL LIMONERO

LA HISTORIA DE ITALIA
Y SUS CÍTRICOS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Land Where Lemons Grow*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Helena Attlee

© de la traducción, 2017 by María Belmonte Barrenechea

© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fragmento de *Naturaleza muerta con limones, naranjas y una granada* (c. 1620-1640), de Jacob van Hulsdonck

ISBN: : 978-84-16748-40-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 5657-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

El aroma de los limones	11
Un fruto curioso	17
Cocinar para el papa	49
Las manzanas doradas	59
Un día en Amalfi	67
Uno de los lugares más soleados de Europa	75
Un remedio contra el escorbuto	95
Una copa dorada llena de limones amargos	101
Una cocina siciliana donde se hace mermelada	127
Naranjas bañadas en puestas de sol	133
El patito feo de los cítricos	153
El dulce aroma del azahar	179
Una contumaz locura	185
Batalla de las Naranjas en Ivrea	203
Oro verde	215
Una cosecha sin igual	245
<i>Agradecimientos</i>	285
<i>Lugares para visitar</i>	287
<i>Cronología de los cítricos</i>	293
<i>Bibliografía selecta</i>	299
<i>Índice</i>	307

EL AROMA DE LOS LIMONES

Recuerdo cuando los vuelos eran tan caros que la gente solía hacer el largo viaje de Inglaterra a Italia en barco y tren. En cuanto llegabas a París las cosas mejoraban, porque allí era posible tomar el Palatino, un coche cama nocturno que iba a Roma, con parada en Florencia, en el que uno podía dormir durante todo el trayecto. La primera vez que hice ese viaje fue hace treinta y cinco años. Al amanecer levanté una esquina de la cortinilla de la sofocante litera y me di cuenta de que ya habíamos atravesado la frontera. Estábamos en la Riviera italiana, en algún lugar cerca de Ventimiglia, y crecían limones junto al andén de la estación. Las oscuras hojas y los brillantes frutos de los árboles destacaban contra el telón de fondo del mar. Nunca he olvidado aquellos árboles ni la manera en que transformaban el paisaje a su alrededor; un paisaje que resultaba intensamente extraño a mi mirada genuinamente inglesa.

Yo entonces no lo sabía, pero los viajeros del norte de Europa siempre se han emocionado ante la visión de los cítricos italianos, de modo que mi reacción era completamente previsible. Hans Christian Andersen, escritor y poeta danés conocido sobre todo por sus cuentos de hadas, visitó Italia en 1833, y ver por primera vez bosquecillos de naranjos y limoneros le produjo la mezcla de éxtasis y deseo que Italia sigue provocando en los visitantes de países más fríos y menos románticos. «Intenta imaginar el hermoso mar y una profusión de naranjos y limoneros», escribió a un amigo; el suelo estaba cubierto de sus frutos y las resedas y clavelinas crecían como malas hier-

bas. «¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgraciados somos los habitantes del norte! El paraíso está aquí».¹ Tras la Primera Guerra Mundial la imagen de una Italia poética y bañada por el sol tuvo una gran difusión en Gran Bretaña, cuando los soldados regresaban de las heladas trincheras de Flandes y Picardía soñando con la vida sensual y hedonista que se asociaba al Mediterráneo.² El capitán Osbert Sitwell eligió Sicilia como antídoto para su desolada experiencia bélica, viaje que describe en *Discursions on Travel, Art and Life*, publicado en 1925. En su obra utiliza la naranja como símbolo de todo lo que amaba del Mediterráneo. «Allí donde crece, encontrarás el mejor clima, los edificios más hermosos de Europa», escribe.³ Y a medida que su tren avanzaba entre naranjos a las afueras de Palermo, observó: «Todo el árbol posee un diseño, un equilibrio, un propósito geométrico y un sentido de la armonía, de la medida y del color, que parece una obra de arte».⁴ D. H. Lawrence, que nunca fue soldado, comenzó después de la guerra su etapa de exilio voluntario a la que se refería como su «peregrinación salvaje», viaje que le condujo a Sicilia entre 1920 y 1922. En «Sol», relato ambientado en su erotizante versión del paisaje siciliano, vuelve una y otra vez sobre las imágenes de los limoneros y sus frutos, haciendo que Juliet, la malhumorada y frustrada protagonista, deambule desnuda a través del «oscuro in-

¹ Citado en Sven Hakon Rossel, *Do You Know the Land Where the Lemon Trees Bloom? Hans Christian Andersen and Italia*, trad. de Sven Rossel, Roma, Edizioni Nuova Cultura, 2009, p. 84.

² Paul Fussell, *Abroad: British Literary Travelling Between the Wars*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1980.

³ Osbert Sitwell, *Discursions on Travel, Art and Life*, Londres, Grant Richards, 1925, p. 194.

⁴ *Ibid.*, p. 196.

framundo de limones», donde descubre por primera vez en su vida la sensualidad y la libertad.⁵

A los pocos años de atisbar por primera vez los limoneros regresé a Italia como estudiante. Había elegido Siena para vivir, y como los inviernos toscanos son demasiado crudos para que los cítricos puedan crecer en el exterior todo el año, llegué a habituarme a la visión de las macetas con limoneros en los soleados patios de los palacios de la ciudad y en las terrazas que se alzan frente a las villas en el campo. Cuando desaparecían de la vista durante el invierno, descubrí que se los habían llevado para protegerlos a unos invernaderos especiales o *limonaie*. Al principio pensaba que los italianos no valoraban sus cítricos, como hacemos nosotros con nuestras manzanas en Inglaterra. Pero a medida que mi italiano mejoraba, empecé a darme cuenta de que esos árboles y sus frutos ocupaban un lugar especial en el imaginario italiano. Cuando Galileo escribió *Diálogos sobre los dos máximos sistemas del mundo*, el libro que le llevaría a ser acusado de herejía en 1632, utilizó las naranjas para ilustrar lo absurdo de los diferentes valores que atribuimos a los objetos que nos rodean:

¿Qué mayor tontería se puede imaginar que llamar cosas preciosas a las gemas, la plata y el oro y muy viles a la tierra y el suelo? ¿Cómo no se les ocurre a los que así proceden que si hubiese tanta escasez de tierra como la hay de joyas o de los metales más preciosos, no habría ningún príncipe que de buen grado no gastara una

⁵ En D.H. Lawrence, *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 19-38. [Trad. esp.: «La mujer que se marchó a caballo», en *El hombre que amaba las islas*, trad. de Jordi Fibla, Gerona, Atalanta, 2007].

suma de diamantes y de rubíes y cuatro carretadas de oro para tener solamente la tierra necesaria [...] para plantar una semilla de naranjo y verla nacer, crecer y producir tan bellas ramas, flores tan fragantes y tan excelentes frutos?⁶

Cautivada por los cítricos, regresé a Inglaterra para cursar el último año en la universidad. Allí alimentaba mi nostalgia por Italia con el poema «I limoni», publicado en 1925 por Eugenio Montale (uno de los poetas italianos más importantes del siglo xx). Los limoneros de Montale no son los árboles románticos que provocaron el arrebató de Hans Christian Andersen, y no crecen en el lúbrico y sensual paisaje de la Sicilia de D. H. Lawrence. Se les puede encontrar, en cambio, en prosaicas parcelas de abrupto terreno al final de baqueteadas pistas o junto a miserables callejas urbanas en invierno. Y sin embargo, el perfume de sus flores—*zagara*, en italiano—transforma incluso el paisaje más lúgubre y banal. Es al mismo tiempo infinitamente precioso y gratuito para que todo el mundo pueda disfrutar de él. Como dice Montale: «*qui tocca anche a noi poveri la nostra parte di ricchezza | ed è l'odore dei limoni*» ('aquí también nos toca a los pobres nuestra parte de riqueza | y es el olor de los limones').⁷

Durante muchos años mi vida laboral ha estado relacionada con el exclusivo mundo de los jardines italianos, ya sea como escritora o como organizadora de viajes. Así, me

⁶ Galileo Galilei, *Dialogue Concerning the Two Chief World Systems*, Cambridge, Cambridge University Press, 1953, p. 59. [Trad. esp.: *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*, trad. de Antonio Beltrán, Madrid, Alianza, 1995].

⁷ «I limoni», en Eugenio Montale, *Tutte le poesie*, Milán, Mondadori, 1979, p. 17. [Trad. esp.: «Los limones», en *Poesía completa*, ed. y trad. de Fabio Morabito, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006].

resultó sencillo rastrear la historia de los cítricos como árbol ornamental en los jardines. Pero a medida que iba creciendo mi interés, me di cuenta de que aquellos árboles cultivados en macetas representaban únicamente un fragmento de la historia. Durante los viajes que me han llevado desde los bosques de Calabria en los que se extrae la bergamota, en la punta meridional de la península italiana, hasta los invernaderos de limones levantados contra el fondo nevado de los Alpes he descubierto que los cítricos y sus frutos han desempeñado un papel fundamental en la historia social y política de Italia y han aportado una extraordinaria riqueza a algunos de los lugares más pobres del país. A diferencia de esos mimados especímenes de jardín, estos árboles crecen en descampados, y al igual que las naranjas conocidas en la antigua China como *wu nu* ('esclavos de madera'), «han trabajado incansablemente para enriquecer y conservar la riqueza de las familias que los cultivan».⁸

Para aprender sobre la vida de los cultivadores de cítricos, tuve que abandonar el confortable territorio de los jardines y huertos de villas y palacios de Toscana, Lazio y Umbría, visitar los cultivos comerciales de cítricos en el sur de Italia y reunirme con los hombres y las mujeres que trabajan en ellos. Crucé el estrecho de Mesina y fui a Sicilia, donde a la sombra del Etna, en la parte oriental de la isla, crecen las mejores naranjas sanguíneas del mundo. Y hacia el oeste descubrí los naranjos, limoneros y mandarinos de un extraño paisaje liminar entre Palermo, las montañas y el mar.

⁸ Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, vol. VI, I, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 104.

Muchos cultivos de cítricos de Sicilia y del sur de Italia se encuentran en lugares remotos y muy rurales, donde los visitantes extranjeros no son habituales y sólo se habla en dialecto. Pronto descubrí la utilidad de llevar conmigo una navaja a esos lugares, porque la mayor parte de los frutos se aferran al árbol y, a menos que cortes el tallo de la rama, corres el riesgo de desgarrar la piel del fruto. También aprendí que no hay que pelar nunca una naranja en el campo. Hay que respetar un ritual y ésa es otra razón por la que un cultivador de naranjas lleva siempre una navaja. Primero sujeta el fruto en la palma de la mano, con el tallo hacia arriba. Luego hace un corte horizontal para dividirlo exactamente por la mitad. El jugo de una naranja recién cogida es abundante, incontenible y su aroma estalla en el aire. Arroja la mitad superior al suelo sobre la crecida hierba, porque, en la naranja, el zumo y la dulzura se concentran en la parte inferior, lo más lejos posible del tallo. Luego corta una rodaja y, pinchándola con la hoja de la navaja, la ofrece por la parte sin filo. He participado en este ritual en campos de toda Italia y siempre es un momento extraordinariamente conmovedor; disfruto de ese instante de intimidad tanto como cuando alguien me encendía un cigarrillo. No hay nada que pueda compararse al sabor de una naranja recién cogida del árbol.